

9. EL CAMINO DE LA OBEDIENCIA

Capítulo 9 de la publicación 'interna' del Opus Dei: Vivir en Cristo

Al concluir cada uno de los días de la creación, dice la Escritura que *vio Dios ser bueno* 1 cuanto había hecho. El Señor se complace en la bondad de cada una de las criaturas que salen de sus manos; y acabada la obra del sexto día, después de hacer al hombre a su imagen y semejanza 2, *vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno* 3. La Sagrada Escritura dice que aquella obra divina había alcanzado un grado especial de bondad: *valde*, muy bueno.

El hombre es la criatura más perfecta de la tierra. Dios le dotó de razón y de voluntad, *dejándolo en manos de su libre albedrío* 4; y merced a esa libertad, puede dar a Dios una gloria muy superior a la de las criaturas irracionales, que cumplen sus designios de manera necesaria. *El poder de Dios dirige al rayo, y hace volar sus saetas justicieras. Para ese fin abre el almacén de sus tesoros y hace volar como aves a las nubes. Con su poder las condensa y las desmenuza en pedruzuelas de granizo* 5. *Los astros brillan en sus atalayas y en ello se complacen. Los llama y contestan: henos aquí. Lucen alegremente en honor del que los hizo* 6. Pero sólo el hombre es asociado al señorío de Dios sobre el mundo y toma parte activamente en su gobierno: *hagamos al hombre -dijo Dios- a nuestra imagen y a nuestra semejanza, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las*

(1) *Genes.* 1, 25;

(2) Cfr. *Genes.* 1, 26;

(3) *Genes.* 1, 31; .

(4) *Eccli.* XV, 14;

(5) *Eccli.* XLIII, 14-16;

(6) *Bar.* III, 34 y 35;

bestias de la tierra y sobre cuantos animales se mueven en ella 7.

Además, Dios elevó al hombre al orden sobrenatural, y lo adornó con unos dones que le permitían practicar la virtud sin esfuerzo y vivir sin dolor ni sufrimiento, de modo que, siendo feliz en esta vida, pudiese alcanzar también la felicidad de contemplar a Dios cara a cara: algo totalmente inmerecido, que excede las exigencias de la naturaleza humana, y le dio este mandato: *de todos los árboles del paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres ciertamente morirás* 8.

LA DESOBEDIENCIA DE NUESTROS PRIMEROS PADRES

Yo, que he considerado mucho este asunto -dice San Agustín-, no tengo palabras para ponderar cuánto me agrada la sentencia que dice que no era nocivo aquel árbol por su alimento; pues el que hizo todas las cosas sobremanera buenas, no instituyó en el paraíso cosa ninguna mala, sino que el mal para el hombre provino de la transgresión del precepto. Pero convenía al hombre que se le prohibiera alguna cosa, pues colocado bajo el Señor Dios, podría de este modo, con la virtud de la obediencia, merecer la posesión de su Señor. Obediencia que puedo decir con seguridad que es la virtud propia de la criatura racional, que actúa bajo la potestad de Dios; y también que el primero y mayor de todos los vicios es el orgullo, que lleva al hombre a querer usar de su potestad para la ruina, y tiene el nombre de desobediencia...

Por tanto, el árbol no era malo, pero se le llamó del conocimiento de la ciencia del bien y del mal, porque si después de la prohibición el hombre comiera de él, se daría la transgresión del precepto, por la que aprendería en la experiencia de la pena cuánta diferencia hay entre el bien de la obediencia y el mal de la desobediencia 9.

Por la desobediencia de nuestros primeros padres se introdujo el desorden y el mal en un mundo que es *muy bueno*, como todo lo salido de las manos de Dios. La desobediencia de Adán ha dejado en

nuestra naturaleza, como una huella del pecado original, un principio de rebeldía que tiene su raíz en la soberbia y nos inclina al mal.

Antes de que cometiesen la desobediencia, Adán y Eva agradaban a Dios, y Dios se complacía en ellos; y aunque llevaban un cuerpo

(7) *Genes. I, 26;*

(8) *Genes. II, 16 y 17;*

(9) *De Genes. ad litt. 8, 6, 12;*

de condición animal, no sentían en él ningún movimiento rebelde a su voluntad. Debíase esta armonía al orden de la justicia, de modo que habiendo recibido el alma un cuerpo que le estaba sumiso como el alma estaba sumisa al Señor, así el cuerpo les obedecía y prestaba sin resistencia el servicio conveniente para su vida... Mas después que el alma desobediente se apartó de la ley de su Señor con aquella transgresión, comenzó a sentir la rebelión del cuerpo, antes su siervo 10. Igualmente, los bienes de la tierra se tornarán costosos y habrá que conquistarlos con esfuerzo y fatiga. *Ganarás el pan con el sudor de tu frente* 11, dijo el Señor a Adán al expulsarle del paraíso.

LA OBEDIENCIA DE CRISTO

En la promesa de redención que Dios hace, después de la caída, está implícita la necesidad de una reparación proporcionada a aquella desobediencia, origen de todo pecado. *Pues a la manera que por la desobediencia de un solo hombre fueron muchos constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo serán muchos constituidos justos* 11. Es así como Jesucristo, *en cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio y realizó la redención con su obediencia* 13.

El Señor entra en el mundo en cumplimiento del decreto divino de redención, para reparar, con su obediencia plenamente libre, no debida, nuestra falta de obediencia, *porque es imposible que con sangre de toros y de machos cabríos se quiten los pecados. Por eso, al entrar en el mundo, dice: «Tú no has querido sacrificios ni ofrenda, mas a mí me has apropiado un cuerpo; holocaustos por el pecado no te han agradado, entonces dije: heme aquí que vengo, según está escrito al principio del libro, para cumplir, ¡oh Dios!, tu voluntad»* 14. Jesucristo, antes que nada, obedece al decreto del Padre. *Mejor es la obediencia que las víctimas* 16, nos dice la Escritura. *Y con razón -comenta San Gregorio- se antepone la obediencia a las víctimas, porque mediante las víctimas se inmola la carne ajena, y en cambio por la obediencia se inmola la propia voluntad* 17.

(10) San Agustín, *De pecc. Mer. et remiso* 2, 22, 36;

(11) *Genes. III, 19;*

(12) *Rom. V, 19;*

(13) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 3;

(14) *Hebr. X, 4-7;*

(15) *Ps. XXXIX, 7-9;*

(16) *I Sam. XV, 22;*

(17) *Moral. 14;*

Así, desde sus primeros días sobre la tierra, Aquel a quien *los vientos y el mar obedecen* 18, Jesucristo, nos enseña que el camino del bien y de la salvación está en obedecer. ***Hoy que el ambiente está lleno de desobediencia, de murmuración, de trapionda, de enredo, hemos de amar más que nunca la obediencia, hijos míos. ¿Habéis visto cómo se obedece, a veces, por ahí? ¡Qué pena! Todo lo quieren poner en tela de juicio. Aun en la vida de entrega a Dios, hay algunas personas para quienes todo es ocasión de disquisiciones: si pueden los superiores mandar esto, si pueden mandar lo otro, si pueden mandar aquí, si pueden mandar allá... En el Opus Dei sabemos esto: se puede mandar en todo -con el máximo respeto a la libertad personal, en materias políticas y profesionales-, mientras no sea ofensa a Dios.***

La necesidad de obedecer no deriva sólo de una razón de eficacia organizativa; no responde sólo a un motivo de abnegación: la entrega de la propia voluntad, lo más difícil de dar, porque es lo que de más íntimo hay en nosotros; no responde siquiera únicamente a una razón de amor, aunque por amor debamos obedecer. La necesidad de la obediencia -por encima de toda consideración humana, de toda razón de conveniencia- radica en que forma parte del misterio de la Redención. Es parte capital de la economía de nuestra salvación. *Las causas son similares a sus efectos. La desobediencia de nuestros primeros padres, que tiene razón de injusticia, constituye pecadores e injustos. Y la obediencia de Cristo, que tiene razón de justicia, constituye justos* 19.

El que pretendiera poner límites a la obediencia, limitaría su posibilidad de unión con Jesucristo Redentor, porque *habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo, el cual, teniendo la naturaleza de Dios, no fue por usurpación el ser igual a Dios, y no obstante, se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo* 20. Por eso, quien aspira a una vida cristiana plena, no se satisface sólo con cumplir lo moralmente preceptuado, sino que tiene hambre de obedecer -a semejanza de Cristo- por encima de lo estrictamente obligatorio, con deseos de corredimir: *siendo en verdad libre de todos, de todos me hice siervo, para ganar almas* 21. Así es la entrega en la Obra: **quien venga a la Obra de Dios ha de estar persuadido de que viene**

(18) *Matth.* VIII, 27;

(19) Santo Tomás, *Super Epist. ad Rom. V*, 8, lect. 5;

(20) *Philip.* II,5-7;

(21) *I Cor.* IX, 19;

a someterse, a anonadarse: no a imponer su criterio personal. En una palabra: que ha de decidirse a hacerse santo 22. El camino de la santidad no puede ser distinto del que siguió Cristo.

PLENITUD DE LA OBEDIENCIA

Con este afán de obedecer, atajamos en su raíz lo que fue causa del pecado original y está en la base de todos los pecados personales: la soberbia. Es *propio del soberbio seguir su propia voluntad, porque el soberbio busca la grandeza, a la que pertenece no ser regulada, sino regular a los demás. La obediencia, por tanto, contraría a la soberbia. Por eso San Pablo, queriendo mostrar la perfección de la humildad de la pasión de Cristo, dice que «se hizo obediente»* 23-24.

Es por tanto una virtud básica, *en cierto modo, la madre y tutora de todas las demás virtudes de la criatura racional* 25; e inversamente, *el mal no es otra cosa que la desobediencia a Dios* 26. El que obedece vive necesariamente todas las demás virtudes, siendo la caridad misma un precepto que ha de obedecerse: el mandamiento nuevo. *De ahí que sólo una cosa hay que buscar con todo empeño: que se cumpla lo que se dice y que la obediencia se muestre por las obras. Entonces, sí, lo habremos conseguido todo* 27. Pues *el que guarda mis mandamientos -dice el Señor-, me ama* 28.

En cierto sentido, la obediencia lo comprende todo. Por eso el Señor podía decir: *mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado* 29. Esa fue su vida y, **con tal modelo, ¿cómo no habremos de amar esta virtud? Fijaos si es necesaria la obediencia para un hijo de Dios en su Opus Dei: ¿si el Señor mismo ha venido para obedecer, y ha pasado la mayor parte de su vida sujeto a dos criaturas, Santa María, nuestra Madre, y aquel varón justo, José! ¿Cómo no vamos a obedecer, si vemos que Jesús ha hecho que se escriban de El, en poquísimas palabras, dos biografías, que son un compendio de obediencia? Una dice esto: erat subditm illis (Luc. II, .51); y otra dice esto: obediens usque ad mortem (Philip. II, 8).**

(22) *Instrucción*, I-IV-1934, n. 17;

(23) *Philip.* N. 8;

(24) Santo Tomás, *Super Epist. ad Philip. II*, 8, lect. 2;

(25) San Agustín, *De civ. Dei* 14, 12;

(26) San Juan Crisóstomo, *In Matth. hom.* 59, 3;

(27) *Ibid.*, 17, 7;

(28) *Ioann.* XIV, 21;

(29) *Ioann.* IV, 34;

Porque el Señor no obedeció sólo en lo fácil, sino que «aprendió por las cosas que padeció a obedecer» 30; es decir, lo grave que es obedecer, pues obedeció en cosas gravísimas y difícilísimas: hasta la muerte de cruz 31. Y ante la inminencia de la pasión rogaba al Padre: Padre mío, si es posible, no me hagas beber este cáliz; pero, no obstante, no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú 32. Y cuán grande y encomiable sea esta obediencia es cosa clara, porque la obediencia es grande cuando sigue el mandato de otro contra la propia tendencia. Y el movimiento de la voluntad humana tiende a dos cosas: a la vida y al honor. Mas Cristo no rehuyó la muerte: «Cristo murió una vez por nuestros pecados» 33; ni se apartó de la ignominia: «sufrió muerte, y muerte de cruz» 34, que es la más afrentosa de todas las muertes 33. Por lo cual, continúa San Pablo, Dios también le ensalzó y le dio un nombre superior a todo nombre, a fin de que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para la gloria del Padre 36.

Nosotros, que queremos seguir sus mismas pisadas, hemos de preguntarle, para aplicarlo a nuestra propia vida: **Jesús, ¿cómo obedeciste tú? Usque ad mortem, mortem autem crucis (Philip. II, 8). Hasta la muerte y muerte de cruz. Hay que obedecer, cueste lo que cueste; dejando el pellejo. Nunca sucederá esto ordinariamente; pero si llega, no te preocupes: hasta eso llegó Jesús.**

Hijos míos, en estos treinta y seis años -decía el Padre en mil novecientos sesenta y cuatro- he visto entre vuestros hermanos muchos actos heroicos, y muchas veces he tenido la impresión de vivir entre santos, capaces de obedecer usque ad mortem, mortem autem crucis. He visto a hermanos vuestros hacer serenamente, dándose perfecta cuenta de que se jugaban la vida, actos de obediencia maravillosos, por la Iglesia Santa, por el Romano Pontífice, por servir. Que hemos de obedecer, servir. ¡No hay mejor señorío que saberse en servicio, en servicio voluntario! Así es como se ganan los grandes honores, los de la tierra y los del cielo.

Si estamos por amor dedicados a servir, en este servicio que es guerra de paz, que es siempre de amor y de alegría, a costa de nuestra vida entregada, ¡vamos, como El, a obedecer en la Cruz! Si no, no va. Y cuando sintamos el orgullo que barbota dentro -¡la soberbia!-, que nos hace creer que somos unos superhombres, será el momento de decir: ¡no! Y así, hijos de mi alma, quizá podrán decir de nosotros que hemos procurado ser buenos hijos de Dios; que hemos pasado por la tierra con errores, pero haciendo el bien; que hemos luchado por obedecer. Y cuando venga la muerte, que vendrá inexorable, la acogeremos con gozo, como hemos visto morir a algunos de vuestros hermanos, con alegría; porque como Cristo resucitareremos: y si le hemos imitado en el bien, en la obediencia y en la Cruz, recibiremos el premio de su Amor: surrexit Dominus vere! (Luc. XXIV, 34). ¿Veis? Venció a la muerte.

(30) Hebr. V, 8;

(31) Santo Tomás, *Super Epist. ad Hebr. V, 8, lect. 2*;

(32) Matth, XXVI, 40;

(33) I Petr. III, 18;

(34) Philip. II, 8;

(35) Santo Tomás, *Super Epist. ad Philip. II, 8 lect. 2*;

(36) Philip, II, 9-11;

[Volver al índice de Cuadernos 3: Vivir en Cristo](#)
[Volver a Libros silenciados y Documentos internos del Opus Dei](#)
[Ir a la correspondencia del día](#)
[Ir a la página principal](#)